

2

muerte entre muñecos

JULIO RUIZ MELERO



LECTURAS DE ESPAÑOL
CON EXPLOTACIÓN DIDÁCTICA
NIVEL INTERMEDIO - I

edínumen

Muerte entre muñecos

I

por todo lo alto: «con gran lujo», «de forma muy destacada».

en la mismísima: expresión que se usa acompañando a un sustantivo para hacer referencia a lo extraordinario de éste.

Iglesia de Santa María del Mar: es una famosa basílica de estilo gótico que se encuentra en la parte vieja de la ciudad de Barcelona.

Ensanche: uno de los diez distritos administrativos de Barcelona, el más céntrico y con mayor número de habitantes. Zona con numerosos comercios. Famosa por su forma cuadriculada.

siesta: en España, sobre todo en verano, es costumbre dormir un rato después de comer.

fisgón: palabra de carácter despectivo para aludir a las personas que intentan conseguir información disimuladamente. Aquí, sinónimo de detective.

acento andaluz: acento característico de Andalucía, en el sur de España, claramente marcado y que fonéticamente suele aso-

El timbre del teléfono me despertó, sobresaltada, cuando soñaba que mi hija se casaba **por todo lo alto** en la **mismísima iglesia de Santa María del Mar**. Estaba tumbada sobre el sofá de mi despacho, en la parte vieja de la ciudad, cerca del **Ensanche**. La **siesta** era obligatoria con aquel calor y además tenía pocos clientes. Bueno, no tenía clientes, ni crédito en el banco, ni señora de la limpieza, ni una secretaria en la agencia. Mis ahorros volaban como el humo hacia el número cero y yo me acordaba de los consejos de mi padre: cerrar ese sucio negocio de **fisgón** heredado de mi marido y volver a trabajar con él, mi padre evidentemente, y sus socios en el bufete de abogados.

Sonó el teléfono. Una voz de mujer con **acento andaluz**. Parecía nerviosa.

– Buenos días, ¿la agencia Forner, por favor?

– Es aquí. ¿Qué desea?

La mujer hablaba insegura.

– ¿Con quién hablo? Póngame con su jefe el señor Forner, por favor.

Como siempre en este trabajo los clientes querían hablar con un hombre.

ciarse con el «seseo» (pronunciación de «c» «z» como «s»), o con el «ceceo» (pronunciación de «s» como «c»), etc.

metiendo la pata: expresión que significa equivocarse o no estar demasiado acertado a la hora de hacer o decir algo, provocando con ello una situación incómoda.

Al cabo de una hora: una hora más tarde.

menuda: aquí «delgada, baja».

color salmón: rosa anaranjado.

Maite: Forma abreviada de **María Teresa**.

– Es un poco difícil. El señor Forner ya no está aquí. Yo soy su esposa, y ahora la directora de esta agencia.

La mujer rió, nerviosa.

– Perdón, no lo sabía. ¿Ha muerto? Él me conocía.

– No, pero se fue hace un año.

La mujer volvió a reír. Estaba mucho más nerviosa.

– Siempre ando **metiendo la pata**.

– Dígame qué desea, señora.

– Necesito sus servicios. Pero no puedo seguir hablando por teléfono. Quiero hablar personalmente con usted.

– La espero en mi oficina. Voy a estar toda la tarde y colgué. Tenía la cabeza espesa, pero la posibilidad de tener un cliente me dio fuerza. «Voy a demostrar a todos los que me dicen que estoy loca por continuar con este negocio que no los necesito».

Al cabo de una hora llamaron a la puerta del despacho. Era ella: una mujer morena, joven y **menuda**. Llevaba un conjunto de algodón **color salmón**, ropa de grandes almacenes, pocas joyas y maquillaje discreto; un ama de casa con traje de calle. Me dio la mano con timidez, casi sin fuerzas.

– Buenos días, me llamo Marga Ramos y necesito su ayuda.

– Yo soy **Maite** Rovira – «y necesito su dinero» pensé.

Miró a su alrededor, la horrible decoración, los papeles desordenados, los ceniceros llenos. Se protegía de todo eso con el bolso pegado a su cuerpo,

en guardia: en actitud de defensa, sin confianza.

sana: aquí *sana* tiene un sentido figurado y significa que no estaba rota.

bochorno: calor húmedo y pesado.

Kleenex: nombre que se da a todos los pañuelos de papel, también a los de otras marcas.

ya sabe: fórmula que se introduce en lo que se está contando para conseguir captar la complicidad del interlocutor.

rebajas: época, normalmente en enero y julio, en la que las tiendas ofrecen sus productos a un precio más bajo.

guardería: establecimiento educativo y de cuidado de los niños que tienen entre dos meses y tres años de edad, y que por ello todavía no pueden ir al colegio.

Sant Cugat: localidad residencial cercana a Barcelona. Su nombre completo es Sant Cugat del Vallés.

en guardia. La hice sentarse en la única silla **sana** del despacho, frente a la ventana. El **bochorno** era insostenible.

– Mañana van a reparar el aire acondicionado – dije, cuando vi que ella se secaba con un **Kleenex** el sudor que le caía por la frente.

– Mi marido me engaña con otra mujer.

«¡Qué original!» No había sorpresas. El caso de la mujer engañada.

– ¿Está usted segura? ¿Cómo lo sabe?

– No lo sé por rumores, créame. Desde hace algunas semanas regresa dos horas más tarde de su trabajo. Ricardo decía que tenía un nuevo cargo y que eso le obligaba a participar en muchas más reuniones de trabajo. Es verdad que ahora gana más dinero, pero no en la oficina. Un día estaba yo mirando las tiendas de ropa del barrio, **ya sabe**, por las **rebajas**, y esas cosas... Mi hija estaba en la **guardería** y aún era pronto para recogerla. De pronto vi su coche aparcado en un rincón de un callejón cercano. Vi la matrícula y el muñeco que cuelga delante. Pensé que tenía una reunión con algún cliente cerca de allí. Pero lo volví a ver al día siguiente, a la misma hora, cuando él me decía que estaba en el trabajo.

– A lo mejor estaba con el mismo cliente – dije yo para tranquilizarla.

– No – la mujer hablaba ahora más deprisa, atropelladamente. – Él trabaja fuera de la ciudad, en **Sant Cugat**. Hace dos noches sonó el teléfono. Lo cogió rápidamente. Nunca lo había hecho. Fui al dormitorio

supletorio: teléfono que depende de otro principal.

Apenas: casi no.

cortar: aquí «poner fin».

tarifa: precio fijo por unos servicios.

«qué me va a contar usted»: expresión que se usa para manifestar que la persona que habla también ha tenido experiencias negativas y que entiende los problemas de la otra.

y cogí el **supletorio** con cuidado. Tenía miedo de ser oída. Hablaba con una mujer con acento extranjero. Creo que hice algo de ruido porque él, de repente, empezó a hablar con ella en inglés y enseguida colgó. No me habló en toda la noche y se acostó temprano. Estoy segura de que me oyó.

– ¿Pudo escuchar la conversación?

– **Apenas** hablo inglés. Lo único que entendí fue algo sobre encontrarse al día siguiente. Fue extraño. Mencionaron la palabra «conquistadores» varias veces. Pensé que sería algún club o restaurante o algo así.

Cogí la libreta y el bolígrafo y apunté los datos: nombre, dirección, teléfono. No era el caso de mi vida pero era mejor que nada.

– ¿En qué trabaja su marido?

– En una fábrica de juguetes, en Sant Cugat. Desde hace seis años. Las cosas no nos van mal. Soy relativamente feliz con él, un matrimonio normal. Si me ha engañado puedo perdonarlo, pero no quiero hacer de mi relación una comedia. Debo **cortar** con esto ya.

– Tranquilícese. Debemos estar seguras de que su marido la engaña. Pronto lo va a saber.

– No se preocupe por la **tarifa**. Tengo mis propios ahorros.

– No la voy a explotar – nos reímos. Las bromas quitan los nervios. Las bromas entre mujeres hablan casi siempre de hombres. «Todos son iguales», «**qué me va a contar usted**».

Cogió su cartera y sacó algo de ella. Me dio su tarjeta y la de su marido, de la empresa en la que trabajaba.

apretón de manos: aunque los saludos y las despedidas en España entre mujeres suelen ser dos besos en las mejillas, esto no es así en las relaciones profesionales, donde tanto hombres como mujeres suelen estrecharse la mano.

de adelanto: antes de realizar el trabajo; por adelantado.

Nos despedimos con un **apretón de manos**. En la otra tenía las treinta mil pesetas que me había dado **de adelanto**.

II

No quería preguntar aún en la empresa porque no estaba segura de la mujer. A lo mejor tenía demasiada imaginación. Así que aquella misma tarde empecé mis averiguaciones. Aparqué el coche cerca del lugar que me había dicho ella. Era la zona de la **Villa Olímpica** e, increíblemente, encontré un lugar libre para dejar el coche. Edificios nuevos y limpios, jardines cuidados, pocas tiendas y farolas de diseño a pocos metros del puerto deportivo. La gente tomaba **cerveza fría** en las **terrazas** y oía música. Caminé aburrida por la acera cerca del callejón. El coche aún no estaba. Llegó medio paquete de cigarrillos más tarde, alrededor de las tres y media. Aparqué más allá, en una plaza interior de un conjunto de apartamentos. El hombre salió con rapidez y miró a derecha e izquierda. Iba bien vestido y parecía guapo, aunque el aspecto era un poco **chulesco**: gafas oscuras, el pelo brillante hacia atrás, oscuro y con algunas **entradas**. Llevaba un maletín de ejecutivo, negro, de piel y con cierre de seguridad. Le seguí. Se dirigió hacia uno de los portales de la plaza y llamó a un timbre. El **portero automático** zumbó y entró en el edificio.

Villa Olímpica: barrio de Barcelona construido especialmente con ocasión de los Juegos Olímpicos de 1992. Es la parte más moderna de la ciudad.

cerveza fría: en España, la cerveza se suele beber fría en cualquier época del año.

terrazas: lugar en el exterior que pertenece a un bar o una cafetería y en el que hay mesas para los clientes.

chulesco: forma despectiva (de «chulo») que significa «con aspecto presumido, insolente, desafiante, etc.»

entradas: parte sin pelo a ambos lados de la cabeza por encima de la frente.

portero automático: mecanismo para abrir la puerta de entrada de un edificio desde cada una de las viviendas particulares.



El hombre salió con rapidez y miró a derecha e izquierda. Iba bien vestido y parecía guapo, aunque...

cabina: teléfono público.

Tengo buena vista. El botón que apretó era el más alto de la izquierda. Llamé desde una **cabina** a la empresa y pregunté por Ricardo Fernández. Una mujer me dijo que ya no estaba en su despacho desde hacía más de una hora.

– Creía que siempre lo podía encontrar a esta hora.

– Se equivoca, señora – me dijo la voz impersonal de la mujer. – Siempre acaba su trabajo a las dos y se va.

– Muchas gracias.

Su mujer tenía razón, al menos en esto. Pero tenía que hacer algo más para justificar el adelanto recibido.

Al cabo de media hora el hombre dejó el edificio. Demasiado pronto. Quizá se habían peleado. A lo mejor ella se asustó cuando él le dijo que su mujer los oyó por teléfono la otra noche. Caminó rápido hacia el coche y arrancó con fuerza. Me acerqué al portal. No había nombres en los timbres, sólo números. Apreté el de arriba a la izquierda. No sucedió nada. Volví a llamar. O era sorda, o creía que yo era la mujer de Ricardo y tenía miedo, o yo tenía una vista peor de lo que pensaba. Un hombre gordo, de unos cincuenta años y bigote blanco, llegó con un perro al otro extremo de una vieja correa de cuero. Estaba cansado y sudaba mucho. El perro sacaba una lengua blanquecina y jadeaba.

– ¿A dónde va usted?

– Llamo al doce, pero no hay nadie.

– Casi nunca hay nadie ¿Conoce a la mujer?

– Bueno..., no mucho. Soy su abogada. Me citó a

esta hora.

– Puede esperar dentro, si quiere – dijo, mientras abría la puerta y me dejaba pasar al vestíbulo.

Le sonreí y me senté en una de las confortables butacas que había allí. Lo mejor era llevar buena ropa para dar buena impresión. Lo peor era que esa ropa me la pagaba mi padre.

Esperé un momento. El hombre cogió el ascensor y desapareció. Los buzones también estaban numerados y bajo los números figuraban los nombres de los inquilinos, pero el número doce no tenía ningún nombre. Estaba lleno de publicidad. Hacía muchos días que nadie lo abría. Llamé al ascensor y subí al último piso. En la puerta número 12 no había tampoco ninguna placa con nombre. Llamé al timbre y esperé. Silencio. Nadie vino a abrir. Puse la oreja junto a la puerta y escuché. No se oían ni pasos, ni ningún ruido. El marido iba cada tarde a un piso vacío. Me apoyé sin querer en la puerta y ésta se abrió por mi peso. Entré. Dentro, las paredes del pasillo estaban desnudas. Llegué al comedor. También sin muebles. El piso entero parecía vacío. Las puertas del balcón estaban cerradas, sin cortinas, y la luz del sol entraba con fuerza por el cristal. Hacía mucho calor. Una de las habitaciones estaba amueblada, con señales de que alguien la habitaba: una cama funcional deshecha, un ropero desmontable, un pequeño **tocador** con los cajones abiertos, al fondo unas cajas de cartón abiertas. El suelo estaba cubierto de ropa y papeles que formaban una alfombra desordenada. Había unos muñecos de trapo sobre la cama. Estaban de moda, eran los protagonistas de una

tocador: mueble con cajones y espejo para el dormitorio.

cómo no: por supuesto, naturalmente.

película de ciencia-ficción de mucho éxito. No recordaba el título, pero todos los niños se los pedían a sus padres, y entre esos niños estaba, **cómo no**, mi sobrina Pilar. No encajaban en el lugar. La caja del despertador estaba abierta a la fuerza y las pilas estaban también sobre la cama.

cava: vino espumoso realizado igual que el champán francés.

En la cocina había algunos platos sucios en el fregadero, un cubo de basura casi vacío y una botella de **cava** calentándose sobre una nevera medio llena.

se me pusieron los pelos de punta: «asustarse mucho, sentir mucho miedo».

yacía: verbo irregular, yacer, «estar tumbado, tendido en el suelo».

canas: pelos blancos.

Había un olor extraño que no venía de la basura. Faltaba ventilación y yo olía a sudor, pero el olor era más rancio cuanto más me acercaba al cuarto de baño. Dentro, nuevo desorden. Toallas, pastillas de jabón y productos de belleza por el suelo. La cabina de la ducha era moderna, con translúcidas mamparas altas y curvas. Dentro se distinguía una forma oscura que se diferenciaba del color gris de la cerámica. Abrí la cabina y **se me pusieron los pelos de punta**. En el fondo de la ducha **yacía** una mujer; estaba vestida con una camiseta de punto y unos pantalones de satén, todo oscuro, y calzaba unas sandalias negras. Estaba tumbada boca abajo. El pelo rubio, con **canas**, y rizado estaba desordenado. La toqué y la noté rígida y fría como el hielo. Sus manos estaban extrañamente pálidas. Debía llevar muerta varias horas. En el suelo, junto al lavabo, había algo parecido a un tejido. Lo cogí. Eran bolitas de un material blando y peludo parecido a la espuma. Lo guardé en el bolsillo, por instinto, y salí del apartamento a la carrera, **pies para qué os quiero**. Nada de adulterio, ni de caso ordinario. La cabeza me daba vueltas mientras pensaba en el problema que tenía

pies, para qué os quiero: expresión que se usa para darse ánimos para huir, escapar de un lugar o de una situación.



En el fondo de la ducha yacía una mujer. Estaba tumbada boca abajo. El pelo rubio, con canas , y rizado estaba desordenado.

ahora. Seguro que los vecinos no tardaban en llamar a la policía, pero probablemente nadie sabía nada del marido de mi clienta. Estaba claro que él no la había matado; no esa tarde, desde luego.

Llegué a mi casa, me duché y me tomé un vaso de zumo de naranja. Mi hija, acabado el trabajo en la guardería, no podía tardar en llegar con los niños y yo necesitaba pensar qué hacer ahora. Saqué mi bolso y la cartera de piel de su interior. Era de la mujer muerta y la había cogido antes de irme a toda prisa de aquella trampa.

La examiné. Estaba vacía: un poco de dinero, ninguna documentación y una tarjeta de crédito a nombre de Carla Wagner. Detrás de uno de los departamentos toqué un rectángulo rígido y flexible. Había una foto con la cara de un hombre. No era Ricardo Fernández. Detrás, una dedicatoria. Para C. de S. También había una tarjeta comercial: Comercial Salgado. Exportación - Importación. Era una empresa de **Vía Laietana**, cerca del antiguo puerto .

El teléfono sonó y volví a sobresaltarme. Era Marga Ramos, con su voz aún más asustada que de costumbre. Mi teléfono particular también estaba en las **Páginas Amarillas**. Otra idea genial de mi marido.

– Necesito que me ayude. Mi marido...

– Sí, ya sé –dije, con voz fatigada–. Está asustado y no sabe qué hacer. Pero yo no puedo...

– No, se equivoca –la mujer empezó a llorar–. Ricardo... ha desaparecido.

Vía Laietana: famosa calle de Barcelona que pasa muy cerca de la Catedral y que llega, hasta el mar.

Páginas Amarillas: listín de teléfonos en el que no figuran datos de particulares, sino de comercios, profesionales, empresas, etc., ordenados por los servicios que prestan.

III

se lo había tragado la tierra: desaparecer, dejar de encontrarse en un lugar sin dejar huella, sin dejar rastro.

Tampoco fue a trabajar la mañana siguiente. En la empresa no sabían nada de él desde el día anterior. Ninguna llamada. Ningún recado. **Se lo había tragado la tierra.** Los periódicos del día no publicaban aún ninguna noticia sobre la mujer muerta en el apartamento de la Villa Olímpica. A lo mejor habían descubierto el cuerpo por la noche.

Hablé un momento con el jefe de Ricardo, el señor Antonio Costa, un hombre de pelo blanco, bronceado y de sonrisa que no enseñaba los dientes, que me dijo lo mismo.

– Su mujer está muy preocupada por su desaparición. Va a llamar a la policía.

– Comprenderá que nosotros también estamos preocupados por su ausencia.

Miré detrás de él. Un gran cartel con el nombre de la empresa, Ludocesma, colgaba de la pared.

– ¿En qué trabaja el señor Fernández aquí?

– Lleva la sección encargada de la compra de suministros básicos para nuestros productos.

– ¿Qué productos?

– Oh, muy variados. Fabricamos artículos de juego

de todo tipo: puzzles, muñecos, maquetas, insignias... Y para ellos necesitamos también materias diversas: tejidos, plásticos, celulosa, metales...

Busqué en mi bolso el paquete de cigarrillos. Quería acabar con eso cuanto antes y me ponía nerviosa buscando respuestas a las preguntas.

De repente, mi mano encontró una pequeña bolsa de plástico donde había puesto el material encontrado en el suelo del lavabo del apartamento. Las pequeñas bolas parecidas a la espuma. La saqué del bolso, no sé por qué, y se lo enseñé a Costa.

– ¿Sabe usted qué es esto?

El ejecutivo abrió la bolsa y cogió las bolitas. Las apretó un momento y enseguida sonrió.

– «Polspan», por supuesto.

– ¿Sabe qué es? ¿Lo conoce? – pregunté, aunque parecía claro que sí lo sabía.

– Es un material que usamos para rellenar nuestros muñecos. Es flexible y es bueno para dar forma a la ropa que les ponemos. Los niños no lo pueden romper fácilmente.

– Ya. Y ¿lo usan?

El ejecutivo parecía encantado de contar las maravillas de su empresa a una mujer. **Puse cara de** admirarlo mucho.

– Oh, fabricamos miles de muñecos de diverso tipo: para promociones, muñecos de compañía, personajes de película, etcétera.

Cogió un cartel que había sobre la mesa de su despacho y me lo dio.

– Por ejemplo, ahora fabricamos todos los artículos de «Los Conquistadores de Marte»: llaveros, muñecos articulados, muñecos de trapo, insignias, maquetas de naves espaciales y otros artículos.

– ¿«Los conquistadores de Marte»? – dije. Una pequeña luz apareció en mi cerebro recalentado por el sol de verano.

– ¿No la ha visto? El último éxito de Hollywood, la película del año, **millones en taquilla**. Ciencia - ficción que, con una buena campaña de publicidad, se convierte en una montaña de consumo: no sólo la película, todo se puede comercializar.

– Y ustedes tienen la exclusiva...

– No nos va mal. La verdad es que los productos de esta película son nuestro gran negocio de este año. ¿Tiene usted hijos?

Era la hora de marcharse. Le prometí llevar a mis nietos al cine para ver «Los Conquistadores de Marte». Llegué a mi casa a mediodía. Llevaba insignias y llaveros de la película que el señor Costa, demasiado agradable, me había dado para los niños. Me preparé un batido de piña y melocotón mientras pensaba en el caso. Algo **me daba vueltas por la cabeza**: primero, la llamada de la mujer, el caso típico de adulterio. Luego, el hallazgo del cadáver y la desaparición posterior de Ricardo Fernández. ¿Qué hacía yo con todo eso?

Mi nieto mayor me cogió rápidamente las insignias antes de correr hacia la nevera para **picar** algo **fuera de horas**. El pequeño vino de la mano de su madre con su

millones en taquilla: la taquilla es el lugar en el que se compran las entradas para un espectáculo, aquí la expresión significa «muchísimos beneficios».

me daba vueltas por la cabeza: se había convertido en una especie de idea fija.

picar: comer pequeñas cantidades de alimento.

fuera de horas: en unas horas diferentes a aquéllas en las que normalmente se suele comer.

segundo juguete roto del día en la mano.

Me bebí el vaso de zumo de frutas y miré el cartel de la película que me habían dado.

– Hija, ¿cuánto tiempo hace que no vas al cine?

– Bastante. Ya sabes que no tenemos mucho tiempo libre.

– Estupendo. Esta tarde te voy a invitar.

– ¿Y me va a gustar la película?

– No creo. Es de ciencia - ficción. Esa famosa que está de moda. Pero hazlo por los niños.

Los niños empezaron a chillar como salvajes. Mi hija miró al techo, desesperada. Los niños siguieron chillando y la rodearon. Estaba atrapada.

IV

Cuando salí del cine llamé a mi amigo Carlos Sandoval, un periodista que trabajaba en los **informativos** de una cadena de radio. Ni una palabra sobre la muerte de la mujer.

– ¿Escuchaste ese comentario de la policía?

– No. Olvídalo. Una pista de un cliente.

– ¿Cuándo salimos a cenar, Maite?

– Pídele permiso a tu mujer. Entonces salimos. – Y colgué.

informativos: programas de noticias.

contestador automático: aparato que se conecta al teléfono para recoger llamadas y grabar mensajes.

Fui a la agencia un momento para oír los mensajes del **contestador automático**. Tenía que volver al apartamento de la Villa Olímpica y encontrar algunas respuestas.

Sólo tenía dos llamadas: la agencia que alquilaba el despacho. Querían cobrar el alquiler, naturalmente.

La otra llamada era de una mujer que no conocía. Tenía acento extranjero, quizá alemán, pero su español era bueno.

– Usted y yo tenemos que hablar de un asunto que nos interesa, señora Rovira. Usted ha perdido un hombre y yo también. Creo que es el mismo.

barrio alto: aquí un barrio en el que vive gente rica.

Me dió una dirección de un **barrio alto** de la ciudad y un teléfono. Ricardo Fernández ponía cada vez más gente a mi alrededor.

Diagonal: avenida de Barcelona, de más de 11 kilómetros de longitud, que cruza de forma diagonal, de ahí su nombre, el Ensanche. Es una de las vías principales de la ciudad.

Vivía en un moderno edificio, cerca de la **Diagonal**. Era una mujer joven, elegante y de rostro agradable. Olía a perfume caro. Me senté en un enorme sofá en forma de media luna. Toda la decoración era lujosa: cuadros, jarrones, cerámicas, encendedores de mesa. La chica vivía bien, estaba claro. **Fui al grano.**

fui al grano: hablé directamente del asunto que quería tratar, sin rodeos.

– ¿Conoce a Ricardo Fernández?

– Ya se lo dije antes.

– Su mensaje era un poco confuso. Por cierto, aún no sé su nombre.

– Soy Silvia Gruber y quiero que busque a Ricardo.

– Aún no es usted mi cliente, señorita Gruber. Ya tengo quien me paga para hacer ese trabajo.

– Yo le puedo pagar mejor. ¿Sabe? No es frecuente ver a una mujer como investigadora.

Encendí un cigarrillo, seguramente para alejar el mal olor de todo aquel asunto.

– ¿Qué sabe de él?

– Somos amigos. Negocios. Tenía una cita con él ayer por la tarde, pero no vino. He llamado hoy a su oficina y me han dicho que tampoco ha aparecido por allí.

– ¿Ha llamado a su mujer?

Ella sonrió y agitó su cabello, rubio y ondulado.

– Bueno, he preferido no hacerlo. Ella **no está al corriente** del trabajo de su marido y Ricardo me dijo que era algo celosa. Supongo que está tan extrañada como yo.

– ¿Cómo supo que yo buscaba al señor Fernández?

– Por Costa, su jefe. Me conoce. Cuando hablé con él me dio su nombre. Luego supe lo de su agencia.

– Ya. Por las Páginas Amarillas.

– Exacto – la mujer se puso un poco de whisky en un hermoso vaso de cristal tallado. – Y ahora, ¿va a buscar a Ricardo?

– Ya lo hago. Por encargo de su esposa. Llámeme dentro de un par de días y a lo mejor tiene suerte. ¿No quiere decirme nada más?

– ¿A qué se refiere? – dijo, extrañada.

– ¿Trabaja en algún sitio?

La mujer parecía molesta. Dudó y por fin fue hacia una cigarrera de plata. Cogió una tarjeta de un montón y me la dio. La leí: *Comercial Salgado. Silvia Gruber. Departamento Comercial.*

En mi trabajo me gustan las casualidades. Sonreí.

La mujer estaba a punto de cerrar la puerta. De repente me volví y le pregunté:

– Por cierto, ¿conoce usted a Carla Wagner?

La mujer se quedó paralizada y me miró con los ojos muy abiertos. Luego se frotó las manos y empezó a mirar a todas partes, nerviosa.

– Bueno, ...yo... pues sí, es compatriota mía...

– ... y trabaja con usted, ¿no es cierto?

– Sí, así es.

– **¿Qué tal se llevan** ustedes? ¿Son amigas?

– No creo que eso le importe a usted. – su rostro **se endureció** – ¿La conoce?

– Muy poco. No hablé con ella cuando la vi. Bueno. Hasta pronto, Silvia.

De vuelta a casa pensé en la cara nerviosa de aquella mujer. ¿Qué era verdad de su historia? Parecía claro que, **al fin y al cabo**, don Ricardo Fernández engañaba realmente a su mujer pero no con la persona que ésta creía.

Luego mis pensamientos volvieron a la película que vi con los niños, la famosa «Los Conquistadores de Marte». ¿Cómo podía tener tanto éxito entre los críos una película semejante? La típica historia del espacio adornada con unos cuantos millones de dólares en efectos especiales: cuatro protagonistas, un mutante, un androide, un guerrero, y una piloto buscan un fabuloso tesoro de los antiguos habitantes del planeta Marte. Explosiones y final feliz. Mis nietos **se lo pasaron bomba** y aplaudieron toda la película.

¿Qué tal se llevan...?: expresión que significa «qué tipo de relación tienen...» y que espera como respuesta «bien», «mal», etc.

se endureció: en sentido figurado, aquí, significa «se puso seria».

al fin y al cabo: en definitiva, después de todo.

se lo pasaron bomba: se divertieron muchísimo.

hacían su agosto: hacían un gran negocio.

daban la paliza: insistían de forma molesta.

por las notas de final de curso: es costumbre regalar cosas a los niños el día del cumpleaños, a menudo cuando sacan buenas notas de final de curso, y para las fiestas de Navidad.

Cuatro héroes. Los muñecos de los cuatro personajes se vendían por millones. Industrias como Ludocesma **hacían su agosto** con los niños que **daban la paliza** a sus padres en Navidad, para el cumpleaños o **por las notas de final de curso** o incluso cada día para conseguir esos productos.

Cuatro héroes. Entonces, me acordé. Claro. El apartamento donde encontré el cuerpo de Clara Wagner. La única habitación amueblada. Allí estaban los famosos muñecos, tirados sobre la cama. Pero, había tres muñecos, sólo tres. ¿Por qué no comprar toda la colección? Faltaba uno, no recordaba cuál. ¿La piloto? ¿El androide? Mi memoria sólo funcionaba con las cosas que me interesaban. Me dormí enseguida. Aquel había sido un día duro para la Agencia Forner. Después de todo, el negocio funcionaba.

V

bocadillo: trozo de pan que contiene algún otro alimento en su interior (jamón, queso, etc.).

A las dos de la tarde salí de la cafetería de Vía Laietana, enfrente de las oficinas de Comercial Salgado, donde me tomé un rápido **bocadillo** y un zumo de naranja, y crucé la calle. Era la hora de salida de muchas oficinas de la zona y el tráfico era intenso.

Silvia Gruber salió un cuarto de hora más tarde, con paso rápido. Llevaba un vestido rojo espectacular y una gruesa cartera de piel, con correas. Cogió un taxi en

dirección a la parte alta de la ciudad. Yo me subí a otro y la seguí.

Los dos taxis avanzaron lentamente, atrapados por el caótico tráfico durante un buen rato. Luego, el taxi se dirigió hacia una de las autovías que salían de la ciudad. Un rato después cruzamos la **sierra de Collserola** hacia el área metropolitana. Entonces supe a dónde iba la alemana.

sierra de Collserola: sierra al norte de Barcelona y en la que está el Tibidabo, su cima más alta (542 metros sobre el nivel del mar).

Llegamos al aparcamiento de Ludocesma después de las tres. Pagué con dolor al taxista (luego se lo iba a cargar a mi cliente en la factura) y entré en el edificio detrás de ella. La chica de recepción era la misma con la que hablé la última vez. Me reconoció.

– ¿Saben algo del señor Fernández, señorita?

– No señora – me contestó – Tampoco ha venido hoy. ¿Ha llamado su mujer a la policía?

– No lo sé. Pero le voy a decir que tiene que hacerlo. ¿Puedo ver al señor Costa?

– Lo siento, señora – dijo, impersonal como un altavoz – Ahora está en su despacho con un cliente.

– ¿Es la señorita que ha entrado antes que yo?

– Sí. Tenía mucha prisa. Quería hablar con él inmediatamente.

– Sí, la he visto correr. Su cara me suena. ¿Trabaja aquí?

Puso cara de pensar «a usted no le importa eso», pero no dijo nada. Luego explicó:

– No, señora. No sé quién es.

Ella protegía los secretos confidenciales de su jefe. «Buena secretaria», pensé. Me quedé ante el mostrador

un momento. No sabía qué hacer. Mi cerebro seguía lleno de nubes que eran cada vez más oscuras. Entonces ella dijo:

– Hace tiempo que no vemos por aquí a la señora Ramos.

– ¿La conoce? ¿Viene a ver a su marido alguna vez? Ella me miró sorprendida.

– ¿No lo sabe? Ella trabajaba aquí antes de su boda con Ric... con el señor Fernández, quiero decir.

– No lo sabía.

– De hecho, se conocieron aquí. Cuando se casaron ella dejó el trabajo y se quedó en casa.

– Típico. ¿Era secretaria?

– Oh, no. Su trabajo era más importante que el de su marido. Trabajaba en la sección de exportaciones. Viajaba mucho al extranjero.

– ¿Exportaciones? Hmm, **vaya**, no lo sabía.

Salí al exterior del edificio y encendí un cigarrillo. El cielo estaba despejado y el calor era intenso pero en mi interior las nubes también se despejaban, poco a poco. Me reí sola ante la idea que se formaba en mi mente. Un caso de adulterio, **vaya broma**.

Silvia Gruber salió un poco después a toda velocidad. Su cara estaba **colorada** y su hermoso y cuidado cabello estaba un poco desordenado. Parecía muy enfadada. Cogió el mismo taxi, que la esperaba. Yo tuve que llamar a otro por teléfono. Pero no tenía prisa. Sabía adónde tenía que ir.

vaya: aquí exclamación de sorpresa.

vaya broma: qué broma.

colorada: roja.

VI

le puse al corriente: le informé.

Antes de ir a mi destino llamé desde la agencia al inspector Pedroso, de la Jefatura Superior de la Policía y **le puse al corriente** del caso. Los muñecos me recordaban algo y él me ayudó a recordar. También me consiguió la información sobre Ludocesma. Era una multinacional con numerosas empresas en todo el mundo. En España sólo fabricaban una parte del material que vendían. El resto venía de otros países.

así daba gusto: expresión que manifiesta que de la manera que se comenta sí que es fácil, agradable, etc., hacer o conseguir algo.

Esperé un rato. Los ordenadores trabajaron, **así daba gusto**. Pedroso me llamó enseguida. La mayoría de las importaciones de los productos de Ludocesma se hacían a través de Comercial Salgado, en el puerto de la ciudad.

— ¿Sabes qué sospechas tiene la Interpol sobre la empresa?

— No, dímelo.

Me lo dijo. Las nubes de mi cerebro se fueron casi por completo. Ahora tenía prisa. Me despedí del policía sin darle tiempo para invitarme a cenar. No te puedes fiar de los amigos, querido esposo. Esta vez, cogí el metro. A lo mejor mi cliente no pagaba la factura.

Llegué al atardecer, cerca de las ocho y media, al

cenar: en España se suele cenar tarde, por regla general a partir de las 9, nunca antes, y en muchos casos incluso sobre las 11 de la noche.

estudio de Silvia Gruber. La gente llegaba a sus casas para **cenar** y el barrio estaba tranquilo. Vi luz y llamé al portero automático.

– Soy Maite Rovira, señorita Gruber. Tengo información para usted sobre el señor Fernández.

– Vaya. Qué rápida es usted –hizo una pausa–. Suba.

No le hizo gracia mi visita. Me recibió muy seria. Llevaba un conjunto color crema, muy elegante. Demasiado. Parecía que estaba a punto de salir. Tenía los ojos rojos y pensé: «Ha llorado».

Me senté en el enorme sofá sin pedirle permiso. Sobre la mesita que estaba a la izquierda, en un rincón, había una cartera con documentos. Dentro se veía algo parecido a billetes de avión. El cenicero de cristal estaba lleno de colillas. Algunas de ellas aún humeaban. Las miré un momento. Después la miré a ella, estaba muy nerviosa.

– Y bien, ¿qué sabe de Ricardo, señorita?

– Creo que usted lo sabe mejor que yo –respondí, seca.

Intentó reír, pero no pudo.

– ¿Qué tonterías dice? No la entiendo.

– **Corte el rollo**, señorita Gruber –exploté–. Y dígame al señor Fernández que ya puede salir.

– ¿Cómo? –casi pierde el equilibrio. Se agarró al sofá con fuerza. – Haga el favor de irse ahora mismo.

– Mire, no insista. Usted sabe que hay un asesinato en todo esto. Supongo que está en el cuarto de baño – me levanté.

corte el rollo: no siga disimulando, no siga aparentando, deje de mentir.



Oí una voz masculina, suave como la seda y giré la cabeza. Era él, con el mismo aspecto de seductor del día que lo vi...

– No puede ir allí – dijo Gruber.

– Déjala, Silvia. Tiene razón – oí una voz masculina, suave como la seda y giré la cabeza. Era él, con el mismo aspecto de seductor del día que lo vi en el edificio de la Villa Olímpica. Pero ahora no estaba afeitado, parecía sucio y no tenía la cara de **niño bonito** de la fotografía que me dio su mujer. Me fijé en el equipaje que se veía por la puerta medio abierta del baño.

niño bonito: forma peyorativa para hacer referencia a los hijos de familias con dinero que son superficiales y sólo se preocupan por el aspecto físico y las formas externas.

– ¿Iban a hacer un viajecito fuera del país? – dije.

– ¿Trabaja para mi mujer? – preguntó él, tranquilamente. – ¿De verdad le ha pagado para seguirme?

– Sí, ya ve. Pero me equivoqué de chica. Aunque conocí a otra, que no tenía ganas de hablarme.

– ¿Y cree que la maté yo? – se puso tenso. Podía guardar una pistola en su bolsillo.

– Creo que no. Pero tiene otros problemas, de todas maneras. Por ejemplo, sus asuntos con esta señorita y la difunta Carla Wagner.

Los dos amantes se miraron, indecisos. Parecían preguntarse con la mirada qué podían hacer. Estaban atrapados. Era el momento de continuar.

– ¿Continúo? Bien. Su amiga y **la Wagner** reciben los cargamentos de productos Ludocesma desde el extranjero. Supongo que la organización es complicada, pero eso a mí no me importa. Todo son muñequitos, mascotas y otras tonterías de moda. Pero hay algo más. La policía me contó que la Interpol sospecha que hay tráfico ilegal de diamantes en el puerto de Barcelona y creen que Comercial Salgado es una de las empresas

la Wagner: a veces, de forma muy coloquial, se utiliza el artículo delante del nombre o del apellido.

utilizadas. Supongo que hay más gente dentro de esto, pero eso a mí tampoco me importa.

– Lo está haciendo muy bien, continúe – dijo Ricardo Fernández, con la mano metida dentro del bolsillo de su americana.

– Es muy sencillo: la señorita Gruber le conoce... bastante bien. Ella y su amiga ganan mucho dinero, eso se ve en seguida – dije, mientras miraba a mi alrededor –. Usted es la **tapadera** perfecta: su empresa importa mucho y ahora todavía más con el éxito de esa película. Nadie puede pensar en que algunos muñecos, seguramente un tipo concreto, tienen algo más que «polspan»: diamantes, que usted distribuye por Europa con su empresa y por lo que cobra una buena comisión. Supongo que hace tiempo que dura este **tinglado**. El apartamento de la Villa Olímpica es el punto de encuentro. Allí le entregaban los muñecos marcados y usted los repartía con el transporte de Ludocesma – España a sus compradores.

Ricardo Fernández sonrió mientras sacaba una pistola automática del bolsillo y me apuntaba con ella.

– Muy bien, chica. De verdad. Yo puedo añadir que también traficamos en sentido contrario: sacamos otro tipo de mercancía en los muñecos que abrimos y cosemos con herramientas de la propia empresa en aquel piso.

– Ricardo, no sigas – chilló Silvia Gruber, hasta ese momento muda y aterrorizada junto a la puerta.

– No hay problema. Me temo que estamos desesperados y no podemos dejarla aquí. Vamos a irnos todos. Acabo la historia, si usted quiere. Todo fue bien hasta

tapadera: aquí sinónimo de «excusa», «coartada».

tinglado: aquí «negocio sucio».

ahora. Sólo que...

—...sólo que algo fue mal. Usted va a buscar la mercancía y se encuentra a su socia hecha un **fiambre** y se asusta.

— Nosotros no la matamos.

— Ya lo sé. Pero seguro que saben quién fue. Y quieren largarse pronto porque la policía puede **echárseles encima**. Quieren desaparecer. Usted sabe que su mujer me llamó y decide utilizarme para hacer creer a todo el mundo que ha desaparecido. ¿No es así? Vamos, guarde ese juguete y no haga el tonto.

— ¿Por qué tengo que obedecer? — dijo, con el dedo demasiado cerca del gatillo. Yo sudaba y no era sólo por el bochorno de la tarde.

— Primero, porque no va a complicarse la vida con un asesinato — dije rápidamente, y me levanté. No disparó — ...,y segundo porque yo voy a salir por esa puerta y va a entrar un inspector de policía que espera desde hace un rato fuera.

Los dos se miraron y entonces él bajó el arma. Llegué a la puerta.

— ¿No quiere saber quién mató a Carla? — dijo de repente el hombre.

— No hace falta. Ahora tengo que ir a cobrar una factura. Aproveche para llamar a su abogado— y salí.

fiambre: normalmente «embutido»; aquí, «cadáver» (argot).

echárseles encima: cogerlos, atraparlos.

VII

dúplex: piso de dos plantas con una escalera interior que los une.

Sarriá: barrio rico de Barcelona que antes era un pueblo separado de la ciudad.

Marga Ramos y, hasta aquel momento, Ricardo Fernández, vivían en un moderno **dúplex** de **Sarriá**. Un portero uniformado me miró de forma sospechosa cuando llegué. Ella me abrió y me lanzó una tímida sonrisa de reconocimiento.

– Pase, por favor. Estoy sola. He enviado a la niña con sus abuelos.

– Comprendo.

Me condujo a una espaciosa terraza ajardinada y nos sentamos en dos sillones de hierro envueltos con almohadones con motivos vegetales. Llevaba una camiseta larga hasta las rodillas con el anagrama de una conocida marca deportiva y sandalias doradas. Parecía muy relajada, pero su mirada era triste. Sonreí.

– Traigo varias noticias. Buenas y malas.

Ella se lanzó sobre mí y me cogió una mano.

– ¿Sabe ya algo de mi marido?

– Lo ha cogido la policía hace un rato.

Un brillo apareció en sus ojos .

– Detenido. Con su amiga. Por tráfico de diamantes.

– ¿CÓ... cómo dice? –su labio inferior empezó a temblar.

– Digo lo que oye. Está detenido...sólo por tráfico. ¿Decepcionada?

Ella, de repente, se puso a la defensiva. Sus ojos se fijaron, atentos, en mí. Había un brillo de inteligencia en ellos.

– No la entiendo, señora. Yo la contraté...

– Sí, ya lo sé –la interrumpí–. Y me mintió. Todo el mundo me ha mentado en esto. Usted esperaba oír que su marido estaba detenido por asesinato.

– No la entiendo –dijo, de repente, con furia–. Y no le permito...

– ... claro que me permite. Usted sabía hacía tiempo qué negocios tenía su marido. Se enteró por las conversaciones entre su marido y la mujer alemana, seguramente en inglés.

– Pero yo no...

– Usted habla inglés perfectamente. También me mintió. De lo contrario cómo iba a trabajar en Ludocesma en el departamento de exportación, durante años, y hablar con sus clientes europeos.

– Entonces, lo sabe.

– Lo descubrí por casualidad. Fue entonces cuando todo encajó. En realidad usted no es feliz con su marido y quiere otra vida. Por lo tanto prepara un plan: apoderarse de todo un cargamento de esos diamantes con los que traficaba Ricardo.

– Eso es absurdo –su mirada echaba fuego.

– Pero usted es demasiado tímida, poco audaz y busca un cómplice: Costa, el jefe de su marido. Usted lo conoce desde hace años. Yo creo que lo tiene a su

hecha una furia: muy enfadada, furiosa.

servicio. ¿Son amantes?

– Cómo se atreve – la mujer se levantó, **hecha una furia**.

– Qué lista es, mi querida señorita – dijo una voz masculina –. Pero no estoy a su servicio. El servicio nos lo hacemos mutuamente.

Era Costa, claro. Las apariciones masculinas en escena ya se convertían en una costumbre aburrida.

– Antonio, te dije que no tenías que salir.

– ¿Dónde he visto antes esta escena? – dije con ironía.

También tenía una pistola, aunque éste la utilizaba más que Ricardo, seguro.

– ¿Ha venido sola?

– Por supuesto – dije yo –. Un caballero como usted no me puede hacer daño. Aunque Carla Wagner no opina lo mismo.

– Ya no opina nada. Acabe su historia.

– Gracias. Todos quieren oír mis historias. Bueno, el caso es que cogen sus diamantes. Pero usted – digo, mirándola – necesitaba algo más. Quería eliminar a su marido. Él tenía que ser el **cabeza de turco** del robo y del asesinato. Y usted se **lo quitaba de enmedio** y seguía con su papel de pobre chica. Por eso me llama con el **rollo** del adulterio. Así yo llego al apartamento poco después de la muerte de la mujer y de la llegada de su marido. Y estoy allí de testigo, por treinta mil pesetas más gastos. Todo muy fácil. Pero ustedes tampoco hacen bien las cosas. No son profesionales. Algo pasa antes. Usted, Costa, está en el apartamento con la mujer

cabeza de turco: persona a la que se considera la única culpable de algo para desviar las sospechas sobre otras.

lo quitaba de enmedio: lo eliminaba, lo mataba.

rollo: aquí «mentira».

y los diamantes y la tiene que matar antes de tiempo. La coartada contra Ricardo no funciona.

– Me atacó y la tuve que golpear. Demasiado fuerte.

– Ricardo sale corriendo asustado, pero ya sé que él no fue y decido no llamar a la policía. Aún debe seguir en el piso, la pobre. Los vecinos son un poco despistados.

Costa empezó a reír mientras me apuntaba.

– ¿Y que va a hacer ahora? ¿Llamar a la policía?

– Creo que va a ser lo mejor para ustedes. Ya he dicho que no son profesionales. Ricardo y su amiga le conocen. Sospechaban de usted, supongo que antes también hicieron negocios ilegales. Saben que fue usted. Y le aseguro que la organización que hace el contrabando va a querer recuperar esos diamantes.

El hombre y la mujer se miraron, indecisos. Ella lanzó una maldición.

– Sabía que no podía confiar en ti – luego me miró. Era otra Marga Ramos –. Usted es una profesional. **Cárguele el muerto** a Costa y le doy la mitad de los diamantes.

– Pero, querida – el hombre la miró, aterrorizado. Ella le devolvió la mirada, impassible.

– Sálveme. Puede ser usted una mujer rica...

– Sí, y también puedo ser una mujer muerta –dije–. Esos diamantes queman. Es como llevar una marca en la frente. Créanme, llamen a la policía.

La mujer lanzó un grito de rabia y se lanzó sobre el hombre. El disparo se oyó en todo el barrio.

Cárguele el muerto: expresión que significa «culpar a alguien».

Cuando llegó la policía yo miraba en el cuarto de la niña. Iba a ser duro para ella. Quizá sus abuelos podían ayudarla a olvidar. Allí estaba el muñeco, sobre el cojín. Tenía un pequeño agujero cosido en la tripa. Era el mutante, creado por el hombre para ayudar en la conquista del planeta Marte. Pesaba más de la cuenta. Lo peor de todo era que Marga Ramos ya no podía pagarme la factura.